

SOBRE EL HABLA DEL BAJO PUEBLO

LEÍDO EN LA ACADEMIA DE NÚÑEZ

Señores académicos:

Hánme dado ocasión para este pobre estudio las saludables discusiones que aquí se han suscitado sobre puntos gramaticales.

En obediencia, pues, a la elección que el señor presidente de esta Academia de Núñez ha hecho en mi persona, me permito declarar que se ha equivocado, en escogerme a mí, cuando la designación habría sido más adecuada en cualquier otro de mis compañeros. Mas pensaría él que el grano de arena diminuto forma parte de la majestad de la playa, y con este pensamiento y persuadido de que yo no habría de rehuír tan señalado honor, fue como me encomendó la labor que traigo entre manos.

Me permito, por tanto, distraer vuestra atención rogándoos tengáis presente lo que acabo de decir, y en la confianza de que no habréis de exigirme lo que el conde de Fröber pedía a cierto santanderino en la Península, quien aspirando a quedar bajo la privanza de aquel huésped nobilísimo, se vio luego en aprietos para hacerse con un árbol genealógico que, hincando su raigambre en el reinado de don Ordoño II, fuese a declinar su última rama dentro de aquellos dominios donde no se ponía el sol: el Conde había—aunque con sana intención—pedido al santanderino “sus papeles.”

Ya vosotros conocéis cuáles son mis papeles, puesto que en ellos os fundasteis para ponerme en la lista de miembros de esta Academia, para encubrir con vuestra benevolencia la flacura de mi ingenio y llamarme colega con muestras de complacencia que yo no merezco, pero a que sabré corresponder.

Esos papeles no son otros que mi apego a la buenas letras que hoy, como ayer, como mañana, “honran y

engrandecen al caballero como las mitras a los obispos, o como las garnachas a los jurisconsultos.” Esos papeles son mi amor grande, mi amor sincero por la causa sublimemente hermosa de la religión católica, cuya fuerza civilizadora sólo la niegan hoy—más bien por sistema aberrante que en fuerza de una dialéctica sana y persuasiva—los espíritus escépticos. Esos papeles son mis anhelos encendidos porque haya entre esta juventud, guardadora de la libertad y el orden legítimos, unificación en el pensar y en el sentir, en la acción y en la idea, a fin de poder aportar al palenque de las luchas sociales un criterio recto que corra parejas con la resolución desapasionada y que ambos a dos informen una política recta; que ya sabemos que la política es ciencia de dirección, y que más que otra alguna demanda la práctica de las cuatro virtudes cardinales de que habla Platón, y que se clasifican por grupos así: 1º Prudencia y sabiduría; 2º Valor, perseverancia y fortaleza; 3º Templanza, discreción y dominio sobre sí mismo; 4º Justicia y rectitud. Esos papeles son mi pequeña obra en el magisterio del pueblo y para su beneficio, y, cosa sabida es que el que enseña, ojalá no sea un San Pablo o un Santo Tomás, es siempre apóstol, con tal que siembre con cariñosa solicitud hinchados granos de verdad en la conciencia de las multitudes, aspirando a cosechar el ciento por uno. Esos papeles son la inclinación caballeresca que varios traducen en el quijotismo que todos llevamos dentro; y, las buenas letras, y la religión, y la fraternidad, y el apostolado, y lo caballeresco y hasta el quijotismo, si me dejáis decirlo, son y deben ser objetivos de este cenáculo fundado por jóvenes estudiosos en la Atenas de Suramérica.

Probaré, ahora sí, a llenar mi propósito indicando algunas incorrecciones sobre el vocabulario del bajo pueblo, haré alguna que otra observación acerca de la sintaxis y fonética de nuestro bellissimo romance, lo cual no parece ser empresa descaminada, aunque sí ar-

dua, ni menos parece estar reñida con la oportunidad, que antes casa muy bien en estos recintos donde se paga tributo al culto de la lengua, el más puro de cuantos profesa esa religión del arte que se llama literatura.

A más de ello militan otras tantas razones que justifican la elección de este tema y que diré más adelante, pues por el momento debo atender a vuestro reclamo, que ya oigo que clamáis: *apúrele!* Con este imperativo se significa aquí el afán y tráfago, y vale lo mismo que *ande ligero, corra.*—¿A quién apuro?—he preguntado cuando me he visto mandado de esa suerte—¿por ventura al tiempo? ¡Quién sabe! La verdad es que en el enclítico *le* va envuelto un complemento directo que a alguien o a algo 'se refiere. ¿Será esta una imitación del francés cuando allá, para dar a entender que se tiene tiempo, es frecuente *nous l'avons?* No me atrevo a asegurarlo, pero tampoco lo negaré rotundamente, mucho menos tratándose de la lengua francesa de que nos servimos (menguando por supuesto la nuestra), con *más frecuencia que necesidad*, y sin atender al precepto de Monlau para autorizar la creación de palabras nuevas, es a saber: derivación recta, necesidad y oportunidad. Costumbre es esta que han reprendido severamente hablistas de nota (1), pero nos hemos mostrado contumaces, y tanto, que no sólo nos limitamos a tolerar la invasión de galicismos, sino que abrimos de buen grado las puertas a los anglicismos, sin que trasgo alguno diga esta boca es mía, para sellarla antes que permitir la irrupción; y de aquí que al lado de *avalancha, matinée, santé, debut, detentador, reglar, apartamento, fianza* (sin contar a *record*, que ya se divisa en la linde del espacio, caballero en enorme aeroplano, trayendo en ancas a *mundial*), sienten plaza *mitin* (ya castellanizado), *boarding, boycoteo, sport, foot-ball, sportivo, tópico, sprit,*

(1) Verbi gracia, BARALT: *Diccionario de galicismos*. CUERVO: *Apuntaciones Críticas*. SUAREZ (Marco Fidel): *El Castellano en mi tierra*. CARRASQUILLA: *Barbarie del lenguaje escolástico*, etc.

automóvil, tranvía (1). Acerca de este vehículo conviene observar que los pareceres andán divididos en cuanto al género: unos le ponen pantalón, y lo llaman *el tranvía*; otros le visten faldas, y lo nombran *la tranvía*; los de más lejos, atenedos a que se ha anunciado y pretendido introducir—que no usado—la falda-pantalón, lo hacen masculino y femenino en una misma frase; y así hemos oído diálogos al tenor de éste:—¿De qué color es *la tranvía* que va al cementerio?; y responder el interrogado—*amarillo*. En algunos puntos de mi tierra no se conoce este rocín fabricado por los hombres, más brioso y cómodo que Clavileño, sino de oídas, mas así y lo que se quiera se le dice *el tranvía*. En cambio decimos *hiladilla*, por *hiladillo*, *la guía* en vez de *el guía* (el que muestra el camino), que apadrina el propio Francisco Manuel de Melo en su *Guerra de Cataluña*, cuando refiere que “*las guías y gente del pueblo exageraban el sitio de áspero y la fortificación de invencible,*” y en otro lugar que “*fue tan grande la confusión y oscuridad, que sin advertir en los peligros del ejército ni el camino anchísimo, le erraron las guías y se perdió el marqués*”; ni hallamos empacho en decir *salero* en lugar de *salera*, *el mugre* en lugar de *la mugre*; y por el modo contrario *azucarera* por *azucarero*. Aquí no sé yo cómo *ande* la cosa en este particular, pues aunque he parado la oreja, no he logrado oír sino *traé* la sal, *deque* la azúcar.

Apuntamos de una vez el hábito, nada recomendable, de pronunciar mal y acentuar peor las formas verbales, imperativas sobre todo, pero en las dos que acabamos de enunciar, hay una, *deque*, en la que se verifica un curioso fenómeno de contracción a que el pueblo tiende instintivamente y como para salir del paso; de donde que no escaseen expresiones justamente censurables como *algotro* por *algún otro*. Se me antoja descubrir en *algotro* un vestigio de *al* significando *otra cosa*,

(1) V. *Pequeñeces*, P. Coloma.

usado por Cervantes cuando dice: “debían de tener (las señoras facas con quienes a Rocinante le vino en deseo de refocilarse) más ganas de pacer que de *al*”; forma arcaica a todas luces y que imita Montalvo refiriendo: “para cada raza un modelo de belleza: las mujeres persas, las árabes no prevalecen por lo sonrosado de la tez ni la blancura deslumbrante: en *al* consisten sus hechizos.” Ejemplos de contracciones de más bajos quilates ofrecen *punde* en lugar de *por donde*, *hastora llegó*, en vez de hasta *ahora no llegó*, la *viejesta* por la *viejaesta*. Este deque, pues, que veníamos analizando, es vocablo compuesto de la forma imperativa de dar *dé* y el adverbio *acá*, y vale igual que *déme*, *présteme acá*, con la diferencia de que estos últimos términos son simples y los verdaderamente correctos; todo ello sin olvidar que Sancho reconvenía a su señor de esta manera: “No tiene vuesa merced para llegar a la cumbre de la fama, que hacer más que tomar la estrechísima (senda) de la andante-caballería, bastante para hacerle emperador en *daca las pajas*.”

Traé, *mirá*, *pedí*, son inflexiones de confianza que llevan al pecho la levísima culpa de no corresponder al uso de los hablistas remirados. Verdad que no fue porro el que dijo:

“Azarque dio una gran voz,
diciendo:—‘*Abri* esas ventanas:
los que me lloráis oidme.
Abrieron y así les habla’”, (1)

ni es menos verdad que Rui Díaz de Vivar, el Cid, herido en mitad de la honra por demasías de doña Jimena, de puro resquebroso y alborotado prorrumpie ensordeciendo a doña Elvira y doña Sol, hijas amadísimas de aquel guerrero “que sabe ganar batallas después de muerto”:

(1) Citado por Montalvo en los *Siete Tratados*.

“¡Elvira, soltá el puñal!
¡Doña Sol, tirádoos fuera!
Non me tengades el brazo,
Dejadme, doña Jimena.” (1)

Mas como se echa de ver, hay aquí una apócope de la terminación característica del imperativo plural, consistente en la supresión de la letra *d*, al paso que *traé*, *mirá*, *pedí*, por ejemplo, son regulares, y deben sonar *tráe*, *míra*, *píde* en toda tierra donde el castellano se pronuncie con algún esmero.

A propósito de formas verbales conviene apuntar que aquí suele verse malparada la conjugación, ya porque se inventan verbos y frases verbales *ad libitum*, sin escrúpulos de incurrir en caso de neologismo, ya porque los existentes de buena ley se sujetan a alteraciones poco autorizadas. Muestras de lo uno y de lo otro son *chorriar* por *robar*, *hurtar*, *pillar*; *capar* por *faltar*; *servir de candelero*, *velársela a alguno*; *me trasnocho*; *me devuelvo*; *aprete*, *quebro*, *desplegas*. Dirá alguien, para hacerme fisga, que me olvido de provincialismos de tañ buen gusto y momento que parece inoportuno acusarlos de incorrección.—Así es, recuerdo, verbi gracia, que se están haciendo imprescindibles *achilar*, *tomar el pelo*, *formar guachafita*, *candelerear*, *pichonear*, *enchanfainarse*, *poner pereque*, *tener correa*, *echar gorros*, *hacer chichonera*,—mas estos infinitivos y frases hechas—si se les puede autorizar de este modo—tienen su esfera de movimiento limitado: las columnas de algún diario jocoserio, el círculo retozón, el corro, etc. Pero, ¿cómo disculpar el uso de *pasarla* en vez de *ruborizarse*, *sonrojarse*, *abochornarse*, dicciones éstas si tan delicadas, tan dignas de significar la acción espontánea que ejecuta ese viajero perpetuo que llamamos la sangre, al hacer alto en las mejillas de la virgen púdica “y arder un instante aprovechándose del fuego que allí tiene depositada la vergüenza?”

(1) También citado por el mismo autor en la misma obra.

Ya habréis caído en la cuenta de que *quebro* no es así sino *quiebro*, *apriéte* y no *aprete*, que no es *desplegas* sino *despliegas* (1). Pues bien: no sólo en estas sino en otras formas más usadas se nota tal defecto de diptongación que se diría que es miedo, que es horror lo que el pueblo bajo tiene a la concurrencia de vocales débiles y a la de débiles y llenas acentuadas, al revés de lo que sucede en el nuestro, que peca de diptonguero; y así, cuando una guapa sabanera de aquí advierte al tunante que la sonsaca el alto acatamiento que le es debido a la que es autora de sus días con este reproche:

“Tese *quefo*, ñor José,
No sea tan... ¡qué jiera maña!
Que mi mamá me regaña,
Si me *topa con* busté,”

un ribereño de piel curtida, echado al estricote en punto de franqueza y después de examinar de pies a cabeza al recién llegado un tanto mal apersonado, le está diciendo con toda sangre fría: “*Ujté* sí que no se parece a *naidie*.”

Llama la atención el régimen acertado de topar en la cuarteta citada. *Topar* solía emplearse transitivamente como en este pasaje: “Cogían los soldados algunos paisanos, y los presentaban al Arce, que mostrando compadecerse de verlos, lo decía con tales razones, que ellos, interpretando su indignación primero que su piedad, cuando después *topaban* otros los ahorcaban o mataban a puñaladas” (2). No obstante, el empleo frecuente de *topar* hoy parece ser como intransitivo, se-

(1) No es raro, sin embargo, hallar en los clásicos la forma *plegas*, como en estos versos de Querol:

¡Ah! Cuando tiernas exhalas
las quejas de tu duelo,
mi ambición plega abiertas alas
temerosa del vuelo.

(*Páginas selectas de la Literatura Castellana*, página 242)

(2) MELO, *Guerra de Cataluña*, página 60.

guido de con. Así lo maneja el atildado doctor Carrasquilla en el *Ensayo sobre la Doctrina Liberal*: “Si en una pública vía *topas* con un caminante que te pregunta qué tanto ha adelantado en su viaje, por fuerza has de informarte del lugar de donde viene y del punto a donde se encamina.” (1)

Linón, *holán*, *percala*, *charol*, *atao*, *joto* y otros análogos, son vocablos que corren de boca en boca entre comerciantes y clientes, sin reparar en que los clásicos y el buen gusto demandan *lino*, *holanda*, *percal*, *bandeja* o *azafate*, *haz*, *paquete*.

Sin embargo, en estos regionalismos de localidad incurren más o menos en casi todas las partes de la república, en tanto que sólo son de determinado recinto otras, verbi gracia, *cuco*, *cuca*, que son aquí *bonito*, *bonita*. *Cuco* en mi tierra es el diablo, y se emplea para asustar a los chiquillos; aquí ese mismo miedo se produce con la palabra *coco*, y metafóricamente de ciertos individuos de quienes diría otro con Luis Vélez de Guevara que son *calabacines de testa* y *badea de cogote*, “antípodas de Adonis” todos ellos, y que por consiguiente no son *cucos*, dícese que son *cocos*. *Coco* allá es una fruta que tampoco escasea en los mercados del interior; en ambos Departamentos, empero, se llama *coquera* al lugar en que hay plantados muchos *cocoteros* (2), cuando lo correcto es llamarlo *cocotera*, dejando *coquera*—para ser consecuentes con el sentido traslaticio—para quien llevase a la espalda la culpa de haber echado al mundo muchos feos.

De mi parte perdono este *cuco*, *cuca*, en obsequio de la estética acústica, mas no me atrevería a absolver sin grave penitencia a *chirriado*, *chirriada*, porque, a la verdad que chirrían al tímpano, ni más ni menos que *matrimonio*, *contrabajo*, *Trovador*.

(1) CARRASQUILLA, *Ensayo sobre la Doctrina Liberal*, pág. 120.

(2) CASTELAR, *Discursos Académicos*, pág. 23.

A este trovador, lo mismo que a sus restantes compañeros de tipo ejemplar, se le han fruncido sus tres primeras letras sin reparar, sin duda, en que trovador es del lenguaje amorio ante todas cosas. Mas, ¿qué mucho es ello, si en el mentado lenguaje existen frases enteras de todo punto estrambóticas? Aquí viene a sacarme verdadero *tener guayabo*, en vez de tener tristeza o murria. Digo y redigo que tener guayabo es del lenguaje amorio, puesto que regularmente se hallan en este estado los novios peliados (y es fama que estos señores riñen por un *miraste a Fulanita*, o sonreíste con Zutani- llo), o aquellos a quienes habiéndoles la amada dado cita los han *dejado metidos*.

En mi tierra sólo padecen *guayabo* los que en el día de la patrona, o en el del matrimonio del compadre o de la comadre liban unas cuantas copas de algo que no sea agua, tornándose alegres, chisparos y parlantes más que de costumbre. Al día siguiente truecan aquella alegría y esta charla en taciturnidad y displicencia, confesando ellos mismos que están *enguayabados*, es decir, cansados, trasnochados.

Pero acabamos de decir *dejar metido*. Por esta palabra han venido a menos y aun extingúidose muchos cariños arraigados, porque ciertamente es chanza har- to pesada y demasiado mortificante el que lo dejen a ún *burlado*, que es lo que sobreviene cuando lo de- jan metido.—“¿Estás caliente porque te dejé metido?”—preguntaba una chica a su novio; y éste, ante tono tan rendido, le respondió:—“No estoy *caliente*, mi china, pues sé que no te *asomaste* porque estaba *para- mando*. Descartemos lo de *china* y *estar caliente* y ob- servemos algo sobre estaba *paramando*, en lugar de *ne- vando*, *diluviando*, *lloviznando*. *Paramar*, caso de exis- tir, significaría hacer vida en un páramo, a la manera que se llama *veranear* pasar el verano en otro lugar para cambiar de aires o curar la salud; y, comoquiera que sea lícito formar sustantivos de participios activos,

tendríamos que a los habitantes de *El Monserrate* se les llamaría con buen consejo *paramantes*, como se deno- minan veraneantes los que en diciembre, o cuando les venga en ganas, porque nosotros no tenemos estacio- nes definidas, arman viaje y arreglan matalotaje para abandonar la metrópoli con todas sus bataholas y vani- dades, e irse a Tocaima o Girardot, para Oriente o Fon- tibón, a vivir vida sencilla y holgada, sacando de vez en cuando el pie oprimido de la bota y calzar la *alparga- ta*. Por no haber aquí más que gente de tacones no está disonándole a alguien esta l de alpargata, que en mi tierra natal se llama por lo general *apargata*. En todo caso yo no enmiendo la plana y me ratifico en *al*, por- que, si mal no me acuerdo, en las constituciones que para el convento de Alcalá dictó el padre Gracián, leí esto: “El calzado, *alpargatas* y por la honestidad calzas de sayal o de estopa.” Y el maestro de Santa Te- resa sabía dónde le apretaba el zapato en achaques de lenguaje. En cambio, por acá se dice *el alpargate*.

La frase *echarse de cúbito* para significar que uno se ha puesto sombrero alto o de copa por primera vez, anda en todos los círculos de los señores de la moda, la cual estiman en tanto que por cuidarse de ella estropean el habla. ¡Qué vamos a hacer! Dar mediasvueltas y gi- ros de cuerpo entero al frente de los grandes espejos de los almacenes, y andar por los anaqueles de las bi- bliotecas sacudiéndoles el polvo a los viejos códices roídos por el diente de la polilla, no son una misma cosa.

Señores de la moda he dicho y no *filipichines*, como suele nombrárseles. Este *filipichín* es en mi tierra *cum- bo*; en otros lugares y otras gentes los llaman *fatuos* o *jumosos*. En algunas provincias de España los titulan *gomosos*; *petimetres* les apellidan los que derivan del francés; para los versados en lengua castellana son *pisa- verdes*. No sé yo con certeza si *maquetas*, *guachafita*, *chi- chonera*, pisan o no pisan verde, lo único que no dudo

es que sean alimañas que participan de la naturaleza de las mariposas por aquello de que gustan picar de flor en flor, y aun de rama en rama, y como aquéllas y éstas no escasean de hojas, que generalmente son de color verde, de aquí que, cambiando picar por pisar, se les diga más bien que picaverdes, *pisaverdes*.

Perdonad, señores, esta etimología traída por los cabellos, como no lo hiciera un discípulo de Covarrubias, y prosigo.

Ya que se vino a la boca *picar*, hagámosle un ligerísimo comentario, por ser de tanta trascendencia entre los idólatras del dios Cupido. “*La pisca*” “*mordió*” “*al voltear la esquina flecha,*” se mantienen refiriendo estos gnomos de alguna sílfide tras cuyos pasos andan (que ellos dicen entonces que la siguen), y así como se ven *flechados, mordidos o picados*, se les aplaca el mariposeo y se les refrían sus ahíncos, que ya se sabe que amor correspondido es fuego extinguido, y ello aunque hubiese sido un par de volcanes en perpetua ebullición los corazones del fauno y el de la esbelta náyade.

Para poner remate a esta deshilvanada disertación gramatical diré una palabra sobre asunto de régimen y concordancia. De principiantes (y todavía lo somos) vimos corregida en el texto que para la juventud colombiana escribió uno de nuestros distinguidos humanistas, la expresión *quedó de venir*, y daba él como razón a semejante enmienda ésta: A fin de saber si una preposición está bien empleada, se hace una pregunta que principie por dicha preposición; si sale bien la pregunta, y la respuesta cuadra, la preposición está propiamente usada; así, si se quiere saber, si es propia la expresión *quedó de venir*, se pregunta, “¿de qué quedó?”—de venir; suena mal, luégo el uso es impropio; “¿en qué quedó?”—en venir; suena bien, luégo se dice *quedar en*. Igual argumento y tanteo podría extenderse a *ocuparse, dar cuenta, bastardear*. Mucho respeto

merece esta opinión como que salió de labios de maestros, mas con una venia suya se me permitirá una observación. “*Quedó de venir*” no disuena sino a oídos educados en las delicadezas del régimen; y, por tanto, no surte efecto para los bisoños a quienes hay que educar más bien que someter a prueba sus aptitudes; tanto valdría exigirles a los no iniciados en los misterios de Orfeo, el distinguir si esas notas que están arrancando del piano las manos de azucena de la artista inspirada, las debe a los aires mansos y apasionados de Bellini o a las sonatas tempestuosas de Wagner.

Peor que faltar al régimen es, sin embargo, no usar de las partículas prepositivas que sirven para unir elementos gramaticales que bien no pueden ser análogos, o estableciendo dependencia entre ellos. Así, en “*Ciudad Bolívar,*” “*Estado Guzmán Blanco,*” “*Teatro Colón*” (lástima grande en la patria de Baralt y de Bello), “*Colegio Matamoros*” percibe el oído cierto aflojamiento que enerva la frase, que resultaría enérgica diciendo *Ciudad de, Estado de, Teatro de, Colegio de*. Pudiérase, no embargante, tolerar este recorte en el estilo comercial de las facturas, verbi gracia, “*30 pares medias,*” “*40 docenas mantillas,*” mas nunca el pedante “*Conocí París,*” “*paseé Nápoles,*” “*Dormí Londres.*” Montavo faltó talvez a su rigor clásico cuando escribió: “*Verdad es que los dichos versalleses acababan entrar París a sangre y fuego*” (1).

Baste, para cumplir mi programa, analizar una sola de las proposiciones en que se falta a la sintaxis: “*Hubieron fiestas.*” Y no valga replicar, como pretenden más de dos, que el sujeto de esta proposición es *fiestas*, y que de consiguiente la concordancia demanda el verbo en plural, pues si *fiestas* fuese sujeto podría reproducirse con ellas: hagamos el ensayo: *hubieron fiestas, las hubieron, ellas hubieron*. No resulta, luego será “*hubo fiestas,*” como era “*habrá toros.*”

(1) *Siete Tratados*. Tomo I, pág. 9.

Contraria a esta práctica de hubieron fiestas, habrán toros, es lo de decir "son ya las cuatro," "dio las seis," "dieron las doce," en que a fuerza de ser uno mismo el sujeto se formó la elipsis. Todos estos son modismos impecables, sin negar que el primitivo fue "dio las dos." En esta proposición, reloj está implícito y personificado, y es análoga a "cantan en la casa vecina," "¡que me matan! ¡Favor!" (1). La cosa dada es la hora, palabra que se subentiende por elegancia en muchas frases como en "*La del alba* sería cuando don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cincha del caballo" (2); o en este paso de Ricardo León: "*La del alba* sería cuando el señor de la torre, pocos días después de la tragedia, se levantó del lecho, con extraño júbilo" (3).

Pero os habrá ocurrido a la mente una cuestión que estará por salir de vuestros labios: ¿uno de los proscritos de Argos, de la tierra de los calores sofocantes y de los soles tostadores de cutis, venir a tachar de inesmerados, descomedidos y poco pulcros en negocios de lenguaje a los habitantes de Atenas, la tierra del clima delicioso a cuya influencia así entreabre el clavel sus pétalos de púrpura en hortalizas y jardines, como brota la rosa lozana y perfumada en lo mejilla de las damas? Así es lo cierto, y más que es notorio que nosotros también hemos pecado contra la pulcritud con que merece ser tratada matrona tan encumbrada de linaje como lo es el habla; no me vence, empero, vuestra observación, pues tengo de replicaros que no he querido, ni lo habría podido, referirme a la literatura de libros, revistas, folletos y periódicos bogotanos (que hablar claro no son del todo inocentes), ni tampoco al decir correcto siempre de las personas cultas, he querido sólo entro-

(1) Citados por Bello estos dos últimos ejemplos. Gramática, pág. 205.

(2) CERVANTES, *Quijote*, Parte primera—Cap. IV, pág. 38.

(3) LEÓN, *Amor de los amores*, Parte cuarta, Cap. I, pág. 259.

meterme en la manera de conversar el pueblo, que así gramático y todo como lo llama Cejador y Frauca, incurre en descuidos no dignos de imitarse.

Termino este mal farfullado discurso, rogando a mis compañeros de academia que seamos esmerados y cuidadosos para con el lenguaje, a fin de que no se nos moteje de prevaricadores, como apellidó Clemencín a Sancho Panza, porque llamó Giropete a Esopo, el inmortal fabulista, y suplicando también que cuando no sea parte a tornarnos esmerados y cuidadosos ninguna de las razones que he mencionado, no olvidemos aquella gran palabra de los polacos: "La lengua es la patria."

JOSÉ MANUEL MANJARRES

Bogotá, 27 de abril de 1914.

UN CAMBIO

Una estancia estrecha, sombría y malsana...

La ventana, con los cristales empañados, se abre sobre un patio, de donde suben fétidos olores. Enfrente una pared ennegrecida y rota, donde otras ventanas ofrecen la perspectiva de montones de cristales rotos, remendados con papel; pingajos tendidos para secarse, y pedazos de tiestos donde algunas plantas miserables mueren poco a poco.

Penetremos en la pobre estancia. Apenas se puede dar el nombre de cama a unas maderas desunidas, medio cubiertas por un colchón destrozado y por unas sábanas rotas. Dos o tres sillas sin asiento y una mesa coja, desaparecen bajo una multitud de heterogéneos objetos: vestidos desgarrados, mendrugos de pan, y un montón de trapos sin forma, nombre, ni color.

Un niño de dos o tres años juega, sentado en el suelo, con un soldadito de plomo, falto de cabeza, y cerca de la ventana, una mujer enferma, desgredada, cose con agitación febril una grosera camisa.